

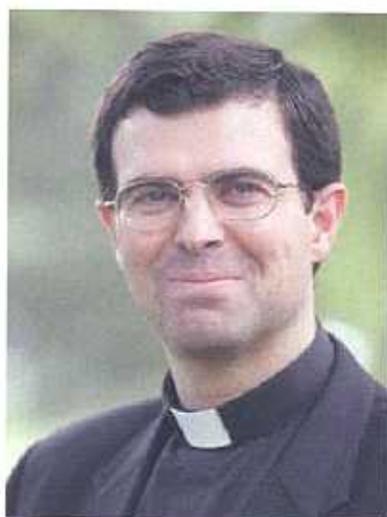
Arte y nueva evangelización

Por PABLO BLANCO SARTO. Profesor de Teología Dogmática en la Universidad de Navarra

Afirmaba el entonces cardenal Ratzinger en el *meeting* de Rimini de 2002 que la razón, por un lado y, por otro, la belleza presente en el arte cristiano y en la vida de los santos, pueden ser los principales agentes de evangelización, la mejor tarjeta de presentación para el cristianismo en la sociedad actual, postmoderna y algo esteticista. La inauguración del templo de la Sagrada Familia por el Papa Benedicto XVI en Barcelona, en 2010, ha constituido todo un símbolo en este sentido. En Gaudí se encuentran unidas estas dos dimensiones de la belleza cristiana. En primer lugar, como artista y creador de una belleza nueva, moderna y dirigida a la gloria de Dios. Pero además, su propia personalidad está marcada también por la belleza presente en la vida de los santos, si el proceso de beatificación del “arquitecto de Dios” llegara a buen puerto. El arte cristiano y la santidad hacen presente la Belleza de Dios en este mundo. Son dos buenas evangelizadoras.

“La Iglesia necesita del arte”. De la “nueva evangelización” han hablado de modo continuo los dos últimos Papas. Juan Pablo II –poeta y actor– escribió en su *Carta a los artistas* (1999) que “la Iglesia necesita del arte” (n. 12). “Es cierto, sin embargo” –constataba con realismo–, “que en la edad moderna, junto a este humanismo cristiano que ha seguido produciendo significativas obras de arte, se ha ido también afirmando un humanismo caracterizado por la ausencia de Dios, y con frecuencia por la oposición a Él”. El arte ha dejado de ser cristiano. Sin embargo, “incluso en las condiciones de mayor desapego hacia la Iglesia, el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa” (n. 10), recor-

El interés por el arte y la belleza ha sido constante en la Iglesia; en realidad, el arte y la Iglesia se necesitan mutuamente. Benedicto XVI lo promueve porque la verdadera belleza está íntimamente unida a Dios y a su santidad



Escribe este texto el profesor de la Universidad de Navarra Pablo Blanco

daba el Papa Wojtyła con profundidad y sentido positivo.

El arte se ha separado de la Iglesia. Surge así una iconoclasia no deseada: el mejor arte no se encontrará en las Iglesias, ni tampoco estará impregnado por el espíritu cristiano. Parece como si, a veces, Dios hubiera muerto en el arte. Por eso, hoy más que nunca –continuaba Juan Pablo II–, la Iglesia sigue necesitando de los artistas; y realizaba un llamamiento a todos ellos: pintores y escultores, arquitectos y músicos, poetas y escritores, actores y cineastas, y tantos otros (cfr. n. 12). “Con esta carta me dirijo a vosotros, artistas del mundo entero, para confirmaros mi estima y para contribuir a reanudar una más provechosa cooperación entre el arte y la Iglesia” (n. 14).

Pero además, sostenía, el arte necesita de la Iglesia. No sólo como fuente de financiación o de inspiración de sus obras, sino para hacer un arte mejor. “¿No es acaso en el ámbito religioso donde se plantean las más importantes preguntas personales y se buscan las respuestas existenciales definitivas? [...] ¿Cómo se empobrecería el arte si se abandonara el filón inagotable del Evangelio?” (n. 13). También el artista puede recibir otra inspiración complementaria por medio de la fe; surgiría entonces un arte con doble luz, con más luz todavía. La evangelización del arte haría también ganar al arte en humanidad y densidad.

“La belleza salvará el mundo”: con esta frase de Dostoievski (*El idiota*, III, cap. 5), el Papa polaco quería resumir el panorama del próximo milenio. “La belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro. Por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo, y suscita esa arcaica nostalgia de Dios que un enamorado de la belleza como san Agustín ha sabido interpretar de manera inigualable: ‘Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!’” (n. 16).

Evangelizar con (el) arte. También Benedicto XVI ha sido siempre un enamorado de la belleza, aunque tal vez de un modo más discreto y reservado. La imagen del Pontífice actual tocando tranquilamente el pia-

no ha dado la vuelta al mundo. Desde su temprana afición a la música –especialmente de la de Mozart–, la dimensión estética forma parte de su pensamiento y de su visión de la vida. De hecho, se le ha llamado “el Mozart de la teología” no solo por las aparentes levedad y ligereza de su pensamiento (Ratzinger es más fácil de leer que otros teólogos alemanes), sino también por la profundidad y dramatismo de sus ideas. Mozart como música de fondo de sus propias ideas.

El interés por el arte y la belleza ha sido compartido siempre por la Iglesia, desde sus mismos orígenes hasta los Papas mecenas del Renacimiento y las múltiples manifestaciones artísticas en todos los tiempos y lugares en la Iglesia. El Pontificio Consejo de la Cultura, creado por Juan Pablo II en 1982, publicó un volumen titulado *Via pulchritudinis. Camino de evangelización y de diálogo. Asamblea plenaria 2006* (BAC-documentos, 37, Madrid 2008). En dicha publicación se recogen las conclusiones del evento organizado sobre la belleza y el arte como posibles caminos para la evangelización y el diálogo entre la Iglesia y el mundo.

Allí nos encontramos con una teología, necesaria para evangelizar con el arte. También la evangelización puede convertirse en una de las artes, si la realizamos con perfección. Como señala Melchor Sánchez de Toca en la presentación, la estética y la belleza constituyen un camino privilegiado de evangelización, “un camino para hablar de Dios al hombre de hoy, y para permitirle, a través de la belleza alcanzar a Dios. Y camino de diálogo, porque la belleza, como la cultura en general, representa un terreno de encuentro con creyentes de otras religiones e, incluso, con quien no cree en absoluto en un Dios trascendente y personal” (p. 16).

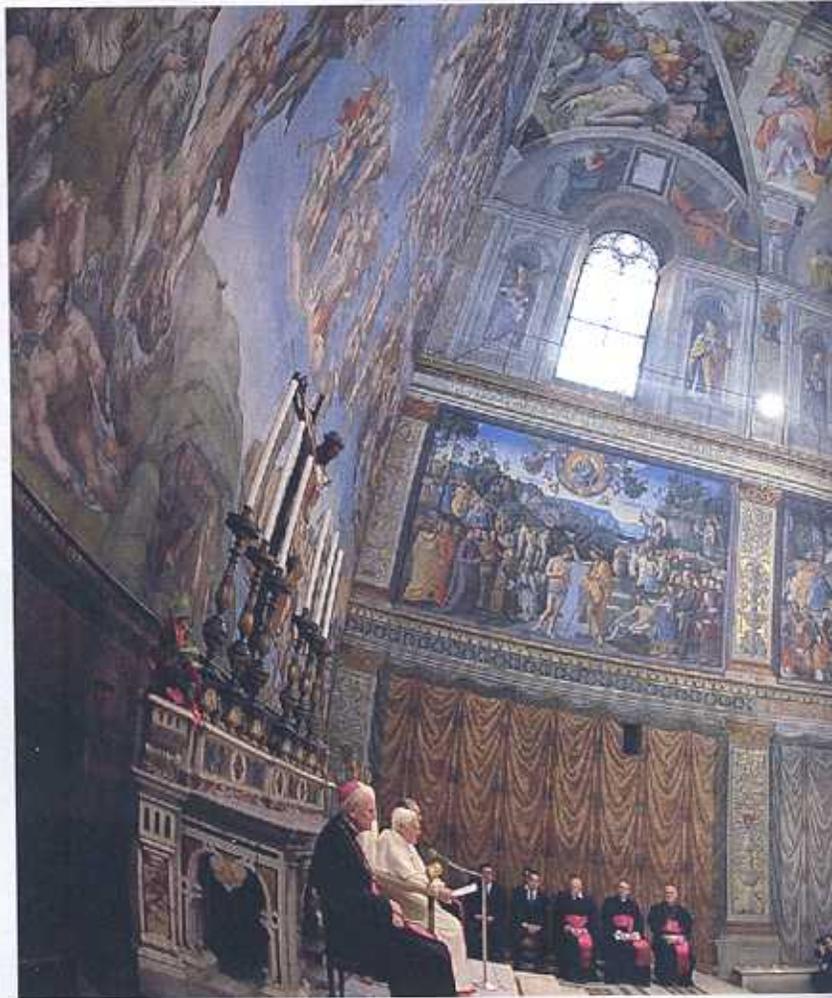
Junto con algunas intervenciones selectas (Forte, Rouco Varela, Quezada Toruño, Rupnik y Duque Jaramillo), aparece un texto elaborado en común y aprobado por todos los asistentes a la asamblea plenaria. En el primer capítulo

(“Un desafío crucial”: pp. 37-39), se alude a la increencia y a la nueva religiosidad como los retos culturales y religiosos del momento actual. Es propuesta allí la *via pulchritudinis* como la respuesta que la Iglesia ofrece a esta situación (cfr. pp. 40-50): “El camino de la belleza, a partir del encuentro con la belleza que suscita admiración, puede abrir el camino a la búsqueda de Dios y disponer el corazón y la mente al encuentro con Cristo. Belleza de la santidad encarnada, ofrecida por Dios a los hombres para la salvación” (pp. 40-41).

Tal *via pulchritudinis* se propone, pues, como un camino hacia la verdad y el amor encarnados en la persona de Jesucristo. He aquí el origen de esta primigenia “trinidad” compuesta por la belleza, la verdad y el bien, que hemos de recuperar en la existencia diaria. Un tercer capítulo constituye el núcleo central del documento, donde se presentan

las “vías de la belleza” (cfr. pp. 50-79). En primer lugar, la belleza de la naturaleza, que ha de llevar de la sublimidad de la creación al estupor por la re-creación, por la creación renovada en Cristo. El documento propone como vía de la belleza también al arte cristiano, es decir, a “la belleza suscitada por la fe”, de manera que el arte sacro se convierte en un instrumento de evangelización y catequesis. En fin, se establece la belleza de Cristo como “modelo y prototipo de la santidad cristiana”, que es una participación de la Belleza de Dios.

Belleza cristiana. Esta *via pulchritudinis* puede tener también gran actualidad en el momento presente, en un mundo especialmente sensible a la belleza, tal vez por la nostalgia de su presencia. El entonces cardenal Ratzinger había afirmado que un teólogo que no tenga sensi-





Un momento del encuentro con Benedicto XVI con los artistas en la Capilla Sixtina, el 21 de noviembre de 2009

bilidad estética resulta peligroso... Para él, la belleza no solo era importante para la teología, sino también para la misma vida de la Iglesia. Esta idea aparecerá también de modo lógico en su pontificado. En el discurso pronunciado en la emblemática Capilla Sixtina el 21 de noviembre de 2009, el papa Benedicto XVI tenía una vez más puentes, en este caso con los artistas, con motivo del décimo aniversario de la carta de su predecesor a los "guardianes de la belleza".

También el Papa músico quería contar con la imprescindible colaboración de los artistas cristianos en la "nueva evangelización". Pero hace falta que descubran la verdadera belleza cristiana. "¿Qué puede volver a dar entusiasmo y confianza" -añadía-, *qué puede alentar al espíritu humano a encontrar de nuevo el camino, a levantar la mirada hacia el horizonte, a soñar con una vida digna de su vocación, sino la*

belleza? Vosotros, queridos artistas, sabéis bien que la experiencia de la belleza, de la belleza auténtica, no efímera ni superficial, no es algo accesorio o secundario en la búsqueda del sentido y de la felicidad, porque esa experiencia no aleja de la realidad, sino, al contrario, lleva a una confrontación abierta con la vida diaria, para liberarla de la oscuridad y trasfigurarla, a fin de hacerla luminosa y bella".

El Papa teólogo nos ofrecía después una clase de teología del arte y de la belleza cristiana: la belleza de Cristo. "Una función esencial de la verdadera belleza, que ya puso de relieve Platón, consiste en dar al hombre una saludable 'sacudida' que lo hace salir de sí mismo, lo arranca de la resignación, del acomodamiento del día a día e incluso lo hace sufrir, como un dardo que lo hiere, pero precisamente de este modo lo 'despierta' y le vuelve a abrir los ojos del corazón y de la mente, dándole alas e impulsándolo hacia

lo alto. [...] La belleza auténtica, en cambio, abre el corazón humano a la nostalgia, al deseo profundo de conocer, de amar, de ir hacia el Otro, hacia el más allá". La verdadera belleza, según Benedicto XVI, está íntimamente unida a Dios y a su santidad. Por eso se transparenta y se transfigura en la existencia cristiana: en la vida de la gracia que nos prepara para esa gloria repleta de belleza.

Mientras tanto, también la belleza de la celebración litúrgica puede ser el principal agente de

La *via pulchritudinis* puede tener también gran actualidad en el momento presente, en un mundo especialmente sensible a la belleza, tal vez por la nostalgia de su presencia

evangelización en el mundo actual, había sostenido el teólogo Ratzinger. Solía contar la historia del príncipe Vladimiro de Kiev, quien quería buscar una religión para su reino, así que envió legados a distintos países para que conocieran las distintas religiones. Primero llegaron a Bulgaria, donde vieron rezar a los musulmanes. Después viajaron a Alemania, donde las celebraciones litúrgicas les parecieron algo mejor, sin convencerles del todo. Cuando los legados llegaron a Constantinopla, al contemplar la belleza de la celebración de la "divina liturgia" en la basílica de Santa Sofía, afirmaban que habían encontrado "el cielo en la tierra". El Rus convirtió entonces al cristianismo. La belleza presente en el arte cristiano, la celebración litúrgica y la vida de los santos puede ser uno de los principales agentes para la nueva evangelización. ■